

Sobre Maquiavelo

El príncipe de Maquiavelo es una de esas obras antiguas que han recuperado su vigor y despiertan amplio interés a la luz de los acontecimientos de los últimos años.

Cuando nos encontramos con ideas como: “El mejor modo de conquistar un país es hacerse llamar por los insatisfechos como salvador”,¹⁷ o: “a los hombres se les ha de mimar o aplastar, pues se vengan de las ofensas ligeras ya que de las graves no pueden: la afrenta que se hace a un hombre debe ser, por tanto, tal que no haya ocasión de temer su venganza”,¹⁸ nos

¹⁷ Esta frase no se corresponde con ninguna cita de *El príncipe*. Pero el principio se reitera varias veces en el texto italiano, por ejemplo en el siguiente pasaje (cap. III: “De principatibus mixtis”): “Debbe ancora chi è in una provincia disforme come è detto, farsi capo e difensore de’ vicini minori potenti [...]. E sempre interverrà che vi sarà messo da coloro che saranno in quella malcontenti [...] per paura” (Niccolò Machiavelli, *Tutte le opere storiche e letterarie*, ed. de G. Mazzoni y M. Casella, Florencia, Barbera, 1929, p. 7) [trad. esp.: “Quien, como se ha dicho, se encuentra en un país diferente debe además convertirse en jefe y defensor de los vecinos menos poderosos, [...] pues ocurrirá siempre que lo llamarán aquellos que están descontentos [...] por miedo.” (Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, trad. de Miguel Ángel Granada, Buenos Aires, Alianza, 1997, p. 38)]. [Nota del editor]

¹⁸ Maquiavelo, *El príncipe, op. cit.*, p. 37. El original italiano dice: “li uomini si debbono o veggere o spegnere; perché si vendicano

vienen a la mente ciertos tramos de la historia contemporánea y no podemos dejar de admirar a Maquiavelo por la potencia, la honestidad y la destreza con las que formula sus ideas. Maquiavelo escribió su libro en el año 1513, mientras se hallaba en una situación bastante difícil. Cuando los Medici volvieron al poder, Maquiavelo fue destituido de su cargo de “secretario” [del Consejo de los Diez], un puesto bastante importante en la República de Florencia, y separado de los asuntos del Estado, y se retiró a su pequeña finca en los alrededores de la ciudad, donde llevó una vida muy humilde, lleno de preocupaciones e impaciencia. Escribió esta pequeña obra con una ambición que le dominaba el alma y, puesto que era un político, con el propósito de ser útil a los nuevos señores de Florencia y volver a intervenir en política. Permítanme anticiparles que no lo logró. Ya por haberse mostrado dispuesto a cambiar de bando perdió la confianza de sus amigos y murió sin haber podido conseguir un nuevo puesto.

Sin embargo, sería incorrecto leer *El príncipe* como la mera obra de un sicofante que se esfuerza ambiciosamente por conseguir un puesto. Maquiavelo era un hombre de grandes ideas y una potente imaginación. La actitud oportunista que adoptó frente a los Medici fue el método que le pareció más adecuado, dadas las circunstancias, para poner en práctica su gran idea largamente acariciada, un ideal. Este ideal consistía en volver a

delle leggieri offese, delle gravi non possono; sí che l'offesa che si fa all'uomo debbe essere in modo che la non tema la vendetta.” (Machiavelli, *Tutte le opere storiche e letterarie*, op. cit., p. 7). [Nota del editor]

[El editor opta por la siguiente traducción al alemán: Niccolò Machiavelli, *Der Fürst und kleinere Schriften*, trad. de Ernst Merian-Genast, Berlín, Hobbing, 1923. —N. de la T.]

unir a la Italia subdividida en pequeños estados, desmembrada, que había olvidado su sentimiento de unidad nacional y se hallaba en parte bajo el dominio extranjero; en expulsar a los españoles y franceses, quebrar la influencia del papado y recuperar, en general, la antigua grandeza de Roma. Maquiavelo había llegado a la conclusión de que un asunto de tanta envergadura era algo que sólo podía conseguir con poder y astucia un hombre capaz de asumir todos los riesgos y exento de todo escrúpulo de la moral y la conciencia. Maquiavelo, que sentía una gran admiración por el terrible César Borgia, atribuía el fracaso de su política de traiciones y crueldades exclusivamente a la infeliz coincidencia de condiciones extraordinariamente desfavorables. El autor esperaba que la dedicatoria de su obra a un joven Medici acicateara en él la ambición de convertirse en el salvador de Italia sirviéndose de esos métodos.

Con ese propósito y en esas circunstancias Maquiavelo, que en realidad aborrecía el despotismo, que se sentía cerca del pueblo y amaba la libertad por sobre todas las cosas, redactó este libro de técnica política que debía guiar a un joven príncipe hasta sus conquistas. Aquí expuso por primera vez y en forma muy precisa el principio de la “razón de Estado”, que debía estar por encima de todas las consideraciones morales y religiosas.

Por su educación y evolución Maquiavelo era en principio un “humanista”. Tenía fundamentalmente un gran interés por los temas históricos y sentía una admiración ilimitada por la Antigüedad redescubierta y en especial por la historia de Roma.

Creía, con un entusiasmo que hoy nos parece algo ingenuo, en todas las historias legendarias relatadas por Tito Livio, que ponía por las nubes la “virtud” de la antigua República romana; y sufría y se avergonzaba cuando comparaba aquel antiguo estado de las cosas con la decadencia política de la Italia de su tiempo.

Pero la “virtud” que Maquiavelo encontraba en la historia antigua no tenía nada en común con, digamos, el cristianismo y la moral. Porque esa “virtud” de carácter político no era otra cosa que la “vitalidad” que ponía de pie a los hombres y a los pueblos y les permitía dominar a otros. Maquiavelo amaba y admiraba la libertad de la República romana y deseaba que los hombres fueran libres, pero estaba convencido de que para obtener y después conservar esa libertad era ineludible la lucha. Y por encima de todo amaba a los fuertes, a los que sabían hacer uso de su fuerza física.

La idea del Estado que tenían el cristianismo y la Edad Media –que la tarea que le corresponde al Estado es la de preparar a la sociedad humana para la salvación en el próximo mundo– le era totalmente ajena. Según Maquiavelo, el Estado no estaba obligado a servir a la religión. Al contrario, la religión (cualquier religión) era valiosa en la medida en que ayudara a asegurar el orden estatal.

No debemos olvidar que Maquiavelo era un italiano –y especialmente un florentino– del siglo xvi. Hay un realismo propio de los florentinos que conjuga la astucia y la amabilidad, la generosidad y la indiferencia respecto de los principios morales, el pensamiento práctico y lo artístico. Vemos que estas características echaron profundas raíces en la psique de Maquiavelo. A los “humanistas” que le precedieron la historia antigua les había servido para poder pronunciar discursos de retórica atractiva. Pero Maquiavelo se inspiró en esta fuente para esbozar métodos prácticos aplicables a la política contemporánea. Porque creía que la naturaleza de los seres humanos es inmodificable y que tienen las mismas características en todas partes, estaba convencido de que se podía tomar a los antiguos como modelo en cualquier aspecto, y sobre todo en la política.

Y utilizaba ejemplos que encontraba en la crónica de Tito Livio para comprender, criticar o aprobar el modo de actuar de sus contemporáneos. Maquiavelo, que buscaba un método para reformar a una Italia que estaba dividida políticamente, desorganizada militarmente y envilecida moralmente, había llegado a la conclusión de que sólo la “virtud” creativa de un gran hombre podía recuperar la grandeza de la antigua Roma. Por eso el hombre que en los *Discorsi* sobre Tito Livio había expresado su admiración por la libertad, en *El príncipe* le indica el camino a un dictador ficticio, ideal.

Desde el siglo xiv la política italiana estaba marcada por la traición y había asumido formas descontroladas, en especial en los Estados pequeños: lo único que se veía por todas partes era deslealtad y muerte. Al recomendar abiertamente al príncipe recurrir a esos medios inmorales de ser necesario, Maquiavelo en el fondo transformó esos recursos, empleados por todos para fines personales y especiales, en una teoría para alcanzar una gran meta, una meta nacional.

Según Maquiavelo, para el gobernante es imposible mantenerse virtuoso y ser siempre absolutamente fiel a sus propias palabras en un mundo malo, porque corre el riesgo de fracasar en todas sus empresas. Tiene que ser más astuto y enérgico que sus enemigos. Cuando se trata de la seguridad del Estado, el gobernante no puede ponerse a pensar si una acción es correcta o incorrecta, justa o desleal, honrada o deshonrosa; sólo puede tomar, sin contemplaciones, la decisión que asegure la subsistencia y la libertad del Estado.

Permítanme agregar, a todo lo que ya hemos dicho, que Maquiavelo era un buen escritor y un hombre creativo. Sus ideas y el placer que le produce exponerlas de un modo agradable y fluido le dan alas. Si no hubiera sido más que un político,

no habría expuesto tan francamente los principios que quería llevar a la práctica. Si no se hubiera dejado arrastrar por el fuego de su imaginación, no habría expresado a veces ideas contrapuestas. (Aunque hay que decir que esa contradicción se da más bien en la forma, no en la realidad.) Maquiavelo con frecuencia simplifica y exagera el carácter de los procesos.

No obstante, esa mezcla singular de pesimismo y amor a la libertad que vive en su alma dio a luz a una obra abierta al rechazo y a la calumnia, pero a la vez fuerte y sumamente original. Los teóricos del absolutismo que le siguieron hicieron suya en general su "razón de Estado", pero consideraron necesario conferirle una envoltura moral. Entre ellos Maquiavelo tenía muy mala fama; la expresión "maquiavelismo" se convirtió en sinónimo de una política diabólica. Pero sin duda la mayoría de sus adversarios no eran idealistas tan honestos como él, y menos aún tenían su estatura artística.